

LA REVISTA CATOLICA.

PERIÓDICO FILOSÓFICO, HISTÓRICO Y LITERARIO.

SUMARIO.

La impiedad sin máscara.—Advertencia a los católicos.—Al Comercio de Valparaiso número 774.—A los amigos de la religión etc.

LA IMPIEDAD SIN MÁSCARA.

Nuestras palabras están plenamente justificadas, y nuestros tristes anuncios cumplidos. El *Amigo del Pueblo*, pro-igiendo su empresa, ha arrojado del todo la careta de la hipocresía, no para combatir una que otra verdad, un punto determinado del catolicismo, sino toda la religión a un tiempo. Y como si esto aun no satisficiera su fervor impio, tiene la audacia de predicar la indiferencia religiosa mas absoluta y completa, empeñándose en probar que todas las religiones son iguales ante los ojos del Ser Supremo, y que al hombre le es licito el abrazar cualquiera.

Increíbles parecerían estos espantosos errores, en Chile y en la mitad del siglo XIX, si no los hubiera estampado en letras de morde el *Amigo del pueblo* en el número 44. En él comienza a publicar una *Leyenda* sobre la *Tolerancia religiosa* que dice tuvo lugar en la *Sociedad patriótica de artesanos de Valparaiso* en la noche del 9 de mayo; la que empieza por estas palabras: «Es tanta la sangre que ha hecho verter la intolerancia religiosa, son tantos los millones de almas que perecieron en las cruzadas, en las guerras de religión, en los calabozos y en las hogueras del fanatismo inquisitorial, que algunos hombres justos y sensibles, no pudiendo imaginar como podia ser divina la causa de tan infernales efectos, perdieron la fe, y de amigos se hicieron enemigos del cristianismo. «Nosotros creemos que se puede separar de una causa a los que la sirven mal; pero estamos en que si hubiera una religión que tuviera la intorancia por principio, seria preciso derribar sus templos sobre la cabeza de sus sacerdotes, y declararla antisocial e incompatible con la libertad y la dicha de los hombres.»

Como se ve no solo se reproducen las injustísimas, añejas y mil veces contestadas acusaciones que herejes e impios han hecho a la Iglesia por las crueldades de la inquisición, y la sangre derramada en las cruzadas y en las guerras de religión, sino que tambien se declara al catolicismo antisocial e incompatible con la libertad y la dicha de los hombres, pues nadie ignora que esta religión tiene la intolerancia por principio. Por lo mismo que se cree divina, y que mira a todas las otras como falsas, condena y combate sus detestables máximas. Tolerar, dejar correr libremente el error, seria en cierto modo aprobarlo y protegerlo. Con la conciencia de que ella sola puede y está destinada para salvar al hombre (cómo es posible que no trabaje por apartarlo de los inmundos y venenosos lodazales de la herejía y de la impiedad?) *Columna y firmamento de la verdad*, como la llama san Pablo, custodio y defensora de la sana doctrina, es centinela inmortal contra los avances del error; y guerrera invencible puesta en la tierra para lidiar con el espíritu de la mentira. Esta es la misión que dió Cristo a su Iglesia. Y la historia dice que ha sabido llenarla. Desde que se presentó en el mundo, empuñó la guerra con los errores y los vicios que lo tenían tiranizado, y hasta ahora no ha habido tregua. Diezcho siglos y medio lleva de duracion

Non vincit nisi veritas: victoria veritatis est Charitas.

La verdad es la que vence: la caridad es el triunfo de la verdad. S. Agustín Sermon 38.

el combate, y la Iglesia no cuelga todavia sus armas. La misma intolerancia que al nacer muestra en la edad viril; y el celo que desplegó contra la herejía judaica, contra la herejía pagana, contra la herejía mahometana y contra las herejías cristianas, indica bien claro el que manifiestara contra las herejías venideras. La intolerancia está en el espíritu, en la esencia misma del cristianismo; él no puede transijir con el error, sin firmar la sentencia de su propia muerte. Religión divina, bajada de los cielos, con justicia aspira al imperio esclusivo de la tierra.

Y ¿quién será el que ose apellidarla por eso antisocial? ¿Quién puede afirmar que es incompatible con la libertad y la dicha de los hombres? ¿No es ella la que purificando de errores la tierra, y ahuyentando las herejías, ha salvado mil veces a la sociedad amenazada? ¿No es ella la que ha quebrantado el yugo de los tiranos, y traído la libertad al mundo? ¿No es ella la que ha civilizado al linaje humano, y asegurado la escasa dicha que es dable alcanzar en esta mansión de llanto?

La intolerancia de la Iglesia en nada daña a la sociedad. Si odia y condena los errores, ama tiernamente a los que andan errados, y de sus calumnias y encono solo se venga con obligantes servicios e invita paciencia. Aunque trabaja ardentemente por sacarlos de las tinieblas, solo emplea para conseguirlo la dulzura, y guardando un santo respeto a la dignidad de la conciencia humana, mira con horror la violencia, y jamas hecha mano para propagar la celestial doctrina mas que de la persuasión, y de las virtudes con que quiere recomendar sus predicaciones los ministros de la santa palabra.

Pero para que la tolerancia con que sufre a los perseguidores de la verdad no sea lazo de perdición para sus propios hijos, cual vigilante madre, les advierte el peligro, y les prohibe el trato y comunicacion con los obstinados sectarios que no quieren escuchar su voz; los que dejados en libertad para predicar la mentira harían fracazar la fe de muchos. Esta intolerancia la dejó establecida el mismo Salvador, cuando ordenó que mirásemos como gentil y publicano al que no oyese u obedeciese a la Iglesia. Lo mismo encargaba san Pablo al Obispo Tito, diciéndole, que *huyese del hereje despues de amonestarle por dos veces*; y el Apostol de la caridad, el dulce san Juan, mandaba que a los tales no se les recibiese en ninguna casa, ni aun se les saludase. ¿Quién, pues, podria censurar a la Iglesia de haber sido fiel a tan venerables tradiciones? Bien sabia Jesucristo que esta intolerancia no era incompatible con el amor que quiso profesasen a sus enemigos los cristianos; jamas los autorizaria ella para aborrecerlos o hacerles mal. Pero la caridad que dejó por distintivo a sus discipulos, tampoco podia obligarlos a amar la herejía o a vivir en la pernicioso compañía de los que la propagan.

La intolerancia de la Iglesia no es diferente de la con que trata a las creencias contrarias todo el que tiene verdadera convicción de la certeza de las su-

yas. Toda religión, toda filosofía, si aspira al honor de poseer la verdad, ha de ser en este sentido intolerante. Y bajo este aspecto es mucho más tolerante la Iglesia que los herejes y los impíos. Ellos han perseguido a los católicos por los pensamientos que guardaban secretos en el santuario del alma, los han interceptado a su placer, atribuyéndoles las intenciones que más convenían a sus perversos designios; mientras que la Iglesia nunca molesta sino al que saca a luz y profesa exteriormente el error. Y aun entonces no emplea como sus enemigos la violencia, no dice como los R.R. del *Amigo del Pueblo* que es preciso *derribar los templos sobre la cabeza de los sacerdotes católicos*, porque la religión a quien sirven como verdadera, no tolera el error; sino que solo usa de penas espirituales que no pueden aflijir al cuerpo. Se nos dirá tal vez que la Iglesia ha aprobado la conducta de los príncipes que reprimieron con la fuerza a los herejes, se ponderarán el rigor y crueldad de los tormentos con que el fanatismo aflijió a las víctimas. Pero, ¿quién hace este argumento? ¿Serán los incrédulos que, cuando tuvieron el poder a fines del pasado siglo, sembraron de cadáveres la Francia, y tiñeron sus manos en la sangre de los reyes, de los obispos y de los sacerdotes que no tuvieron la cobardía de suscribir a una constitución herética? ¿Serán los partidarios del gobierno que ha tenido en martirio por tres siglos a la noble Irlanda? ¿O los panejiristas de los radicales suizos que a nombre de la libertad del pensamiento ponen en cadenas al venerable Obispo de Friburgo, porque en un país católico no quiere pensar como ellos que son impíos, y que a nombre de la libertad también y en beneficio del pueblo arrojan ignominiosamente a las heroicas Hermanas de la caridad, con escandalosa violación de las garantías constitucionales? Pero la Iglesia puede ofrecer otra más victoriosa respuesta. Los herejes cuyo castigo aprobó, no solo eran adversarios suyos, sino públicos perturbadores del orden social; sacrilegos violadores de la santidad de los templos, y de las leyes más sagradas, se habían manchado con los más horribles crímenes, y hecho derramar raudales de inocente sangre. Ahí está la historia de los Donatistas, de los Arrianos, de los Albijenses y Protestantes para confirmar estos hechos. Ella dirá si merecieron el nombre de enemigos de Dios, y verdugos de la virtud, con que los ha conocido la posteridad. ¿Cómo, pues, podía la Iglesia reprobar la conducta de los soberanos que enfrenaron a tales hombres y castigaron sus excesos.

De estos hombres y de esos excesos ¿quiere hacer la apolojía el *Amigo del Pueblo*? Y a la religión que los ha condenado ¿llama antisocial? No solo envuelve esta acusación insulto, calumnia y falsía; sino que también revela un intento inicuo: así se hace odiosa y despreciable la religión ante los ojos del pueblo. ¿Cómo podrá él jamás amar, respetar, y creer divina una religión incompatible con la libertad y la dicha de los hombres? De este modo, sin necesidad de ataques parciales, con un solo golpe se logra derribar todo el edificio del cristianismo. Pero para que, si el proyecto aborta, no se lance sobre los sacrilegos el temido impío, no se nombra espresamente a esa religión enemiga de los hombres; porque se calcula diestramente que el pueblo aplicará a la que le predicán los sacerdotes tan odiosos dictados, a la que le presentan como *enemiga del error y del vicio, como la única en cuyo seno puede encontrar salud*.

Pero no se crea que se encuentran reducidas a esto las tentativas del *Amigo del Pueblo* para arrancar la fe del corazón del pueblo. Véanse las horribles máximas que sienta a continuación de lo que dejamos copiado. Hablando con el que acudiera a las armas para defender la causa de Dios, lo apostrofa en estos términos: «¿Necio! y no contento de prestar tu debilidad a Dios, le das también tus pasiones. Tu Dios se enfada, dices: ¿y por qué? ¿Porque de sus hijos los unos rezan en una lengua y los otros en otra? ¿Por qué los unos le llaman Lord, Baal, Jauna, que quiere decir señor; y otras Jehová, que quiere decir yo soy; o Theos, que quiere decir miedo? ¿Por qué los unos le imploran según la costumbre de su país, y otros según la del suyo? ¿Por qué los unos representan alguno de sus atributos en forma de buci como el Apis de Menfis, el Memvis de Heliopolis, el Auphis de Hermonitis; o en forma de bacca como lo adoran todavía los Tibeitanos; en forma de perro o de ave como a Júpiter Ammon de la Oasis,

y de macho cabrío como el de Mendes; de cordero o de paloma como la segunda y tercera persona de la Santísima Trinidad? Y, qué, preguntamos nosotros, se infiere de esto? Que Dios no se enfada de que lo adoren los hombres como los paganos del Tibet, de la Fenicia o del Egipto; que por consiguiente aprueba o mira, por lo ménos, con indiferencia todas las religiones de la tierra; que todas son verdaderas, o todas falsas; que es permitida la idolatría con todas sus infamias; que tanto agradan al Ser Supremo los sacrificios de víctimas humanas con que honraban a sus dioses los Cananeos, los Arabes, los Persas, los Griegos, los Romanos, los Galos, los Herulos, los Cartajineses y Germanos, como el del cuerpo y sangre de su Unigénito Hijo que le ofren diariamente los sacerdotes de la Iglesia católica; que es lo mismo ante los ojos del Dios tres veces santo la divina y purísima religión que ha llenado de virtudes la tierra, que aquellos cultos infames que permitían el infanticidio, la embriaguez y el robo, que autorizaban el adulterio, la fornicación y otras abominaciones que no permite nombrar el pudor; que tan gratas son a Dios las santas fiestas del catolicismo como las Bañanales, Saturnales, Lupercales y Floreales, en que danzaban sacerdotes enteramente desnudos, y mujeres perdidas que convidaban y se entregaban a las más vergonzosas acciones; y tan amados los altares en que se veneraba al Demonio y sobre los que la sacerdotizas se abandonaban a la prostitución públicamente, como los tabernáculos en que adoramos los cristianos a Jesu-Cristo. Todas estas blasfemias son legítimas consecuencias de los principios del «Amigo del Pueblo». En Dios no hai santidad, pues que igualmente lo complacen las virtudes más heroicas y los más negros crímenes; no tiene justicia, porque a aquellas y a estos deja sin recompensa y sin castigo; carece también de providencia, cuando así abandona a la criatura racional, sin religión, sin guía, a la superterfición y a sus perversos instintos. El Dios que crió al hombre y rige al mundo viene a ser un monstruo: este monstruo no puede ser Dios; luego no existe Dios. He aquí las convicciones religiosas del RR. del «Amigo del Pueblo»; he aquí lo que se enseña por la prensa en un país que se llama católico y culto; he aquí la religión que se predica al pueblo.

Dolor sin duda causa que hayan hombres que profesen tan espantosas doctrinas; pero mucho más nos admira la audacia con que las enseñan y publican. Los mismos impíos del siglo XVIII no tuvieron tanta cuando juraron la muerte del catolicismo. Al principio solo insinuaban con timidez uno que otro error, el que además cubrían de disfrazar con arte. Estaba reservada para Chile la enseñanza pública, clara del indiferentismo; y a nuestra vista, y en presencia de toda una nación católica, no solo debía insultarse nuestra religión igualadina con las forjadas por la impostura, y negando paladinamente el dogma de que fuera de ella no hai salvacion, sino que también debíamos escuchar la defensa de la idolatría, y de los cultos más insensatos.

Nada encontramos que atenuar pueda siquiera el gravísimo delito de los que redactan el *Amigo del Pueblo*. Como han perdido todo derecho a ser creídos, no se extrañará que pongamos en duda el orijen de la *Leyenda*. Los que han sido capaces de falsificar letras de Nuncios apostólicos, mucho más lo serán de fabricar *leyendas*, y de insertarlas, como lo hicieron con aquellas, en forma de correspondencia. Pero aun suponiendo que en realidad se haya leído a artesanos de Valparaiso el tal discurso, esto no abona la conducta de los que le han dado publicidad; pues como sabios y acendrados católicos, según se dicen, no podían desconocer su veneno. Y el sacarlo a luz para que lo traquen los artesanos de Santiago, que crearán mancomunados sus intereses con los de la dicha sociedad patriótica de Valparaiso, en lugar de atenuar, agraba en nuestro concepto mui considerablemente la culpa.

La angustia se apodera del alma, la pluma tiembla involuntariamente en nuestra mano, al pensar que el pueblo tiene por consejeros a escritores que no reconocen la existencia del Ser Supremo. Si se arranca del corazón del pueblo la creencia en Dios, ¿en quién creerá, a quien temerá, cómo se gobernará? No obediendo a la lei y a sus ministros por obligación de conciencia, que sin Dios es una quimera, no queda para sujetarlo más que el sable: los ateos solo pueden ser gobernados por tiranos. Si arrebatáis al pueblo su mas rico tesoro, su religión ¿qué le diréis en la hora de la desgracia? Cuando le hayáis hecho creer que el cielo prometido a los que lloran, a los que tienen sed de justicia, y a los que padecen persecuciones por ella, es una mentira ¿cómo calmaréis las tempestades que

levante la desesperación en su pecho? Si en la tierra solo hai desolación e infortunio, y despues de la tumba silencio, oscuridad y eterna nada ¿quién podrá enjugar su llanto, quién tendrá una palabra de consuelo para ese corazón ulcerado? Puesto que la virtud y el crimen son meros nombres que nada significan ¿por qué afanarse por ser honrado? ¿Por qué no calumniar, robar y asesinar, si asi conviene? Asi pues con vuestro infernal sistema, entregais al pueblo en brazos de la tiranía, de la desesperación y del crimen.

Mire bien el pueblo y conozca sus mentores. Vea el espanto abismo a que los conducen estos impíos maestros. Abra los ojos con tiempo, y por las horribles doctrinas que predicán juzgue de la pureza de sus intenciones. No se dejen engañar con el seductor y mentiroso nombre de amigos del pueblo que a sí mismas se dan. Calcule lo que harían de la religión si tuvieran ballonetes los que tales blasfemias e impiedades enseñan de oscuros escritores.

Advertencia a los católicos.

Acaban de publicarse por la imprenta del Progreso los *Boletines del espíritu* de don Francisco Bilbao. Este escrito es una especie de segunda edición de la *Sociabilidad chilena* del mismo autor, condenada como inmoral y blasfema en tercer grado en 1845 y refutada en todas sus partes por la Revista Católica. Entre otros errores que resaltan a primera vista en esta producción del señor Bilbao, nos han llamado especialmente la atención las siguientes proposiciones heréticas, impías y blasfemas que sienta en la página 16, dice así:

«¿Quién ha blasfemado diciendo que hai penas eternas, cuando yo no las invoco ni para los tiranos ni para los corruptores de la conciencia?

«¿Quién ha blasfemado diciendo que el fruto de mujer nace condenado? El niño, aurora virjinal que el Señor colora todos los días, para enviarnos una imagen de su creación predilecta!

«Callad, dogmas de odio, aliento envenenado del desierto, fantasía de misántropos, o de viejos celosos de la pureza que se alza;

«Callad y apagaos en silencio para no profanar por mas tiempo el corazón humano y no darnos ese ejemplo horroroso de encarnar en Dios nuestras pasiones.

«Lógica estraña que empieza asesinando a la justicia y concluye por el martirio de la madre que cree llevar en sus entrañas el fruto de Satan. Idos a la nada, porque sois mentira.

«En la tumba del viejo mundo pondremos otra inscripción: Aquí yacen los dogmas de odio y la lógica de los esclavos.»

Como se ve don Francisco Bilbao niega los dogmas de fe sobre la eternidad de las penas del infierno y el pecado orijinal, ambos revelados por Dios y enseñados por la santa Iglesia. Los llama dogmas de odio, aliento envenenado del desierto, fantasía de misántropos, mentira etc. Esto, lo repetimos, en lenguaje teológico es blasfemar, abjurar la fe religiosa, y pisotear con descaro la religión del Estado.

Mas adelante, en la página 46, dice el autor de los *Boletines*: «Y como tú, Cristo eres el que mas ha amado, tambien eres el que mas amo despues de Dios. He aquí porque soi cristiano.»

Esta proposición así formulada es un acto de caridad de los Arrianos del siglo III de la Iglesia, y un acto del símbolo de sus continuadores, los filósofos racionalistas de nuestros días, unos y otros impíos porque negaban la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. El cristiano que sabe el catecismo siquiera, no puede ignorar que Jesu-Cristo es Dios, tan eterno, sabio, bueno, justo etc. como el Padre, con quien es consubstancial o una misma co-

sa en cuanto a la naturaleza como la fé lo enseña; y por consiguiente que se debe amar tanto como el mismo Dios, y no *despues de Dios*, porque esto seria desconocer su divinidad.

Nosotros nada estrañamos estas y las demas herejías que plazca publicar a don Francisco Bilbao, porque sus ideas en materia de religión son bien conocidas desde que fué condenado como inmoral y blasfemo en tercer grado por el artículo *Sociabilidad chilena*. Su veneración por Lammenais, y su entusiasmo por Michelet y Quinet no pueden tener otro resultado. El primero de estos escritores es un sacerdote apóstata, condenado por la Iglesia que ha negado casi los mismos dogmas que Bilbao en sus *Boletines*, y los dos segundos son racionalistas que no tienen religión alguna. Lo que nos ha llenado de asombro y admiración es que pecciódicos que, segun se dice, son sostenidos por hombres, cuya religiosidad no puede disputarse, como la *Tribuna*, el *Progreso* y el *Comercio*, recomienden la lectura de los *Boletines del espíritu*; ¿a dónde vámos a parar?.

En nombre de Dios y de la patria conjuramos a los hombres de todos los colores políticos, en cuyo pecho no está amortiguada la fe, que unan sus fuerzas para prevenir la tormenta que se prepara. En pos de la negación de los dogmas de la fe vienen el socialismo y el comunismo, estas dos plagas asoladoras, estas dos grandes herejías de los tiempos modernos. ¡Ai del día en que el pueblo salve la valle religiosa que lo detiene! ¡Ai del día en que perdiendo el pueblo la fé se haga socialista y comunista! La fosa se cabasacrilegamente por los demagogos que son los mayores opresores del pueblo cuando escalan el poder. Los *Boletines del espíritu*, a travez de esa oscuridad de lenguaje en que están concebidos, dejan entrever con bastante claridad el socialismo del autor. *La guerra sin fin* que se augura a los que se llaman verdugos del mundo, es decir a *reyes, príncipes, sacerdotes, militares, abogados de toda causa, comerciantes, jueces*, etc. que se cuida de pintar con los coloridos del crimen. habla muy claro y revela las tendencias de la nueva Iglesia que don Francisco Bilbao quisiera fundar entre nosotros. Esta será la misión de ese sublime pontificado que saluda el autor de los *Boletines* en esas líneas escritas con *corazón ardiente y fogoso y con una inteligencia aventajada* como ha dicho el *Progreso*. ¡Pobre Chile si estos delirios de imaginaciones enfermias llegasen un día a ser hechos o realidades! Abran los ojos los hombres de buen sentido, y vean el abismo que se abre a sus pies. Que por lo que a nosotros hace, combatirémos, hasta sucumbir o triunfar, por la santa causa de religión.

Al terminar este artículo han llegado a nuestras manos la *Tribuna* núm. 321 y el *Progreso* núm. 2, 338, en la que leemos la siguiente retractación. «Al hablar, dice la *Tribuna*, de los escritos de « los SS. Bilbao parecidos en estos días, no hemos « pretendido prohiar las ideas de ellos que no « pueden ser las nuestras. Despues tendrémos « ocasion de manifestar nuestro pensamiento sobre algunas partes de aquellos opúsculos que están en contradicción con nuestra manera de entender.»

El *Progreso* se espresa así:

«Cuando esto hicimos, (refiriéndose a la retractación de los *Boletines*) solo habiamos leído algunos trozos de dicha obra, cuyo estilo nos pareció brillante; pero despues nos han informado personas competentes, que contienen errores contra el dogma de nuestra sagrada religión, que estamos